

PICARDIAS BATURRAS



- Oye maño he comprado de Zaragoza una estufa magnífica.
—¿Qué mérito tiene?
—Que se ahorra uno, la metá del combustible.
—Pos yo que te me traigo dos estuficas.
—¿Pa qué?
—Pa ahorrármelo to.

Picardías baturras

REFRESCO EXOTICO

Un caballero de Madrid fué a pasar una temporada a un pueblo de Aragón. Como el calor era allí excesivo, ocurriósele una tarde entrar a refrescar en una posada.

—¿Qué quíe usted, señorito?—le dijo el posadero.

—Desearía refrescar.

—¿Le traigo fruta?

—No; prefiero agua de cebada.

El posadero llama a un chico y le dice:

—Mira Colás, traile un vasico de agua a este señor, de la fuente, y una miaja e cebada de la cuadra.

—¿Con cuanta tendrá usted bastante?

—Yo no puedo calcularlo porque aquí sólo refrescan con cebada las caballerías.

GATO POR LIEBRE

Dos caballeros, invitados a cazar en el soto de un conocido suyo, lo recorren durante algunas horas sin hallar animal alguno digno de ser apuntado por sus escopetas.

—Es extraño—dice el uno;—aquí sólo se ven gatos por todas partes.

—Como no sean gatos monteses...—replica el otro.

—¡Quiá!—aumenta el guarda, que es francote como todos los de su pueblo, Botorrita,—es que como el amo de esto es fondista cría aquí lo que sirve a sus parroquianos.

EL PAJARICO HABLADOR

Un señor canónigo del Pilar tomó a su servicio a un mocico de Frescano recién llegado a la ciudad. El güeno del canónigo tenía un lorito más charrador aún que su casera, que era bien charradora y bien chandra, según ícian los del vecindao. Como si ni había sido chandra pa nada hubiá nesecitao del mozo.

Conque aticuenta que va Pascualico, que así llamaban al de Frescano, y ve al lorito andando por el suelo, que cuasi le da un pisazo, y oye que le ice:

—¡Animal!

Pascualico estuvo por dale de tolozones, pero se contentó con icile:

—¡Mia que si me insultas, te escacho!

Y el lorito:

—¡Animal!

Vergüenza le daba preguntalo, pero por fin va y le ice a la casera:

—Dígame usted, y disimule, ¿qué es eso?

—¿No ves que es un ave?

—¡Ave!... ¡Ave... María! ¿Qué quíe usted que le diga? Me pa a mí que no es como las otras... Pue que se haiga tragao algún demonio, que será el que hable por ella. Antiparte que le pué suceder eso a cualquiera.

—No digas majaderías. Ya se ve que eres un focin del campo.

—Es que como ustedes los de Ilesia tien tanto poder...

—Vaya, no seas animal.

—¿Usted también? Pue que no sepan decir otra cosa en esta casa...

Y vuelta el lorito:

—¡Animal! ¡animal!

—¿Lo ve usted cómo me trata? No, pus no me gusta servir en donde no hay prencipios.

—No le hagas caso.

—Bien, pero que se modere una miaja.

En esto va y llama el señor canónigo. Abre la puerta Pascualico, y cátrate que el lorito sigue diciéndole siempre lo mismo:

—¡Animal! ¡animal!

Conque el mozo, harto ya de oír aquello, va y que le ice con malos modos:

—Bueno, hombre, bueno; cállate ya y no me corrompas más el ánima. Aun pué ser que tengas razón. Porque ende que te hi oído hablar a tú, ya voi conociendo que no eres un pajarico; y si tú, que lo paices, no eres pájaro, yo que parezgo una presona, pué que sea talmente un burro o una paloma.

Y pa no escuchate más me voy. Conque ya lo sabe usted señor canónigo, antes quio tener el sarrampión u el moquillo que servir en una casa ande hay cosas de encantamiento.

EL TIO SABIRONDO

Había en Teruel un hombre al que llamaban el tío *Sabirondo*, porque como leía y escribía regularmente, pretendía saberlo todo.

—Una vez quiso reirse de él el médico y mirando al cielo, dijo:

—Mucho saben los que conocen la Astronomía, porque leen en el firmamento como en un libro abierto.

—Ya pué usted icilo, que es bien verdá—, contestó el tío *Sabirondo*—. Lo mesmico leo yo allá arriba que el señor vicario pué leer en su misal.

—¡ Ah! ¿ Pero usted conoce la Astronomía?

—Talcualicamente.

—¿ Y la Astrología y la Metereología?

—¿ Y eso qu'es que no m'aluerdo en este instante?

—Pues hombre, ¿ sabiendo lo que Astronomía no sabe lo que es eso?

—¡ Ah, sí! Vamos, viene a ser igual ¿ eh? To eso lo conozgo yo lo mesmo que le conozgo a usted.

—¿ Y cómo se arregla para leer en el cielo?

—Pues me tumbo en el campo panza arriba, ya bien entradica la noche, y allí voy formando letras. Miusté, la luna es la O mayúscula; las estrellas con rabo son las íes griegas, y to así, por ese orden.

—Mucho talento tiene usted, tío *Sabirondo*,—prosiguió el médico, procurando contener la risa.

—Es qui hi estudiao de todo.

—Hombre, de todo no.

—Hi dicho que de todo y lo ripito.

—Pero comprenda usted que hay muchas cosas modernas.

—Hasta la más moderna que haiga.

—Por ejemplo los rayos X... la radiografía...

Los rayos y los trenos y las centellas y hasta los relámpagos, to eso sé lo que es.

Pensó el otro ponerle en un aprieto y añadió:

—¿ Se apuesta usted a que no ha estudiado hidrofobia? Fíjese usted bien, hidrofobia. La hidrofobia es una ciencia nueva que casi nadie conoce en nuestra patria.

—¿ Quiusté juase que sí? ¡ Anda, odrifabia! ¡ Pus si

la he cursao yo solico en España y he salido sobresa-liente!

* * *

En otra ocasión quiso lucirse con los chicos que salían de la escuela y les preguntó:

—¿ A qué denguno de vusotros sabe quién fué el gigante Goliath?

—Yo sí,—gritó un arrapiezo,—porque me lo ha dicho mi padre, que lo vió en Barcelona. ¿ Verdad usted que es el gigante aragonés?

—Calla, tontico, que no es ese.

—Pus será otro.

—Cuentenós usted, cuentenós, tío *Sabirondo*,—gritaron todos.—¿ Quién fué ese gigantón?

—Pus uno que vivió hace más de cien años.

—¿ Y s'ha muerto?

—El no se murió; le mató David.

—¿ Ese David sería tamién jogante?

—¡ Quiá! Si era un hombre mu chiquitico... y a más tocaba el arpa.

—Y qué es arpa, tío *Sabirondo*?

—Debe ser una cosa así... como la dulzaina.

—¿ Y con la dulzaina mató al gigante?

—¡ Quiá! Con un fusil. Tiraba mu bien. Mirar si tiraría bien que le hicieron rey de Portugal.

—Entonces,—objetó uno de los chicos,—también será rey mi padre algún día porque tamién tira mu bien; siempre da.

—¡ Cállate, borrico!

—¿ Cómo que no? El otro día se enfadó con mí y me tiró un piazo e pan a la cara, y mire usted cómo me puso los morros. Porque jugaba yo en el barranco con la moña de mi hermanica.

—Oiga, tío *Sabirondo*,—preguntó otro de los oyentes, —¿y cómo era el gigante de grande? ¿Sería como los que salen en Zaragoza pa el Pilar?

—Muchísimo más grande.

—¿Como cuánto?

Tenía de alto más de media legua y cien varas de ancho, o pué ser que más.

—Pus siendo tan mayor ¿de cuántos tiros lo mataría el señor David?

—Del primero.

—¡No pué ser! ¡no pué ser!—gritaron a coro los chicos.

—¿Y por qué no, si sus hi dicho que era un gran tirador?

—Porque,—contestó el más despejado,—no alcanzaría la bala tan alto.

—¡Coña! Chiquio, cuasi que ties razón. Ahura m'aluerdo que tuvo que matalo en dos veces.

—¿Cómo hizo, cómo?

—La primera vez lo mató por las tripas, dándole un balazo en el vientre, y así que el probe cayó a tierra, le dió otro tiro en la cabeza pa matalo por la otra metá.

DEL INFIERNO

Con todo género de cuidados, mirando atentamente por todas partes y sin hablar una palabra, para no espantar las liebres, caminaban por un llano en busca de ellas, el tío *Malaspulgas* y su hijo.

De pronto oyen un fuerte ruido, allá a lo lejos, y se vuelven admirados. Era que lo producía un automóvil y no habían visto nunca ningún otro. Se miraron con estupor al observar aquello y no acertaban a expresar lo que pensaban.

Por fin el joven se atrevió a preguntar:

—¿Ha visto usted, padre?

—¡Cómo si lo hi visto! Y me pa a mí que eso no será cosa güena. ¡Ya te digo yo!...

—Miusté no sea un carro...

—Sí, sí, ¿carrico sin mulas, eh?

—Puen dir drento...

—Si fueran mulas drento no echarían ese humo y ese olorrico...

—Tié usted razón, padre. Ese humo me güele a mí a cosa e brujas.

—Y a mí aun pior.

—¿Ve usted que ba montao un hombre negro con una cosa en un ojo?

—¡No hi de velo! Y hasta sé quién es.

Digameló.

—El diablico.

—¡En el nombre del Padre!

—Ya te pues santiguar, ya, porque paice que se acerca hacia ande estamos.

—Virgencica del Pilar! ¿Qué va a ser de nusotros?

En esto, a todo correr, pasó ante ellos el automóvil, sin detenerse.

El tío *Malaspulgas* se echó la escopeta a la cara y disparó contra el que lo guiaba, quien, por casualidad, resultó ileso, desapareciendo a poco.

Mientras tanto el chico, azorado, se había escondido tras unas gavillas de trigo.

—Ya pues salir, mañico,—gritó el padre,—que lo que es ese no mus llevará. Hi trunfao de él.

—¿Verdad que era el diablico?

—El mesmismo Pero Botero; bien que lo hi conocido, por lo que de él he oído hablar.

—¿Y l'ha muerto usted?

—Ya lo creo. El carro se ha ido solo.

—¡Alabau sea Dios! Amos a contáselo al señor vicario. Güena obra que ha hecho usted padre; porque bien se conoce que venía a cojenos. Miusté que si acertamos a salir sin escopetas, esta noche pue ser que hubíamos dormido en el infierno, u sabe Dios ande, tos los vecinos de este pueblo.

EL GRAN POETA

En 1880 había en Frasnó un sacristán con sus ribetes de versificador. Hablársele de lo que se le hablase, él había de contestar en verso, o, por lo menos, se lo creía.

Estaba una vez un señor parado en la plaza y se le acercó preguntando:

—¿Es usted de aquí?

—No.

—Y añadió el sacristán:

—Pus si es usted forastero
tocará muy bien el pandero.

(Estupefacción del que lo oía).

Y vuelta el sacristán:

—Se queda usted mu admirau
porque no habrá comío guisau.

El asombro del forastero iba en aumento.

Y otra vez el sacristán:

—Soy el poeta de Frasnó;
no me vaya a tomar usted a mí por un asno.

En esto pasó por allí el alguacil. El forastero le llamó y le dió orden de que arrestara a aquel simple que se permitía decir tantos disparates.

—¿Y quién es usted pa mandame prender?—preguntó el sacristán.

—Soy el juez de Calatayud.

—¡Ave María! Y siendo hombre de carrera no le gustan a usted los versos? Pues si fuera usted a Madrid metería en la cárcel a Echegaray y a los otros que hacen aleluyas! ¡Jolín con el hombre! Y hasta pue ser que los ahorcara...

LO MAS BARATO CONVIENE

Un estudiante revuelve libros viejos en un puesto, en Huesca.

—¿Qué busca usted?—le pregunta el librero.

—Un diccionario alemán que he visto esta mañana.

—Lo acabo de vender. Pero llévese ese otro francés, que es lo mismo.

—¡Cómo ha de ser lo mismo!

Sí, hombre, sí; el uno y el otro son extranjeros.

—Pues no me conviene este.

—¡No le ha de convenir a usted este, si es dos pesetas más barato que el otro!

CONTRA UNOS U OTROS

Un chiquillo se encuentra a otro que sale llorando del colegio.

—¿Por qué lloras, Simeoncico?

—Porque m'han pegau por no saber la lición.

—¡Probe! No habras supido contestar bien, ¿verdá? ¿Qué t'han preguntao?

—Que contra quién combatieron los hunos. Un chico m'ha dicho bajico que contra los otros; y yo lo hi contestao así, y s'han rido todos y el maistro m'ha dao dos tozoladas y tres azotes juertes.

—¡ Chiquio! Paice mentira. ¿ De modo que los unos contra los otros no pelearon?

—No.

—Pus dí a la tarde que contra los de más allá.

—Lástima que no hubiás estao a mi lao antes, pa icimeló.

VIAJANDO SE APRENDE

El tío Celemín, labrador bien acomodado, se permitió hacer un viaje a París durante la última Exposición.

De regreso a Daroca todos sus amigos iban a verle y le molían a preguntas.

—¿ Conque tan grande es la torre Fiel?

—Como ende aquí a la luna.

—Cuasi que no se verá el fin...

—¡ Qué se ha e ver, si está a lo último!

—¿ Y las presonas son tamién grandes en París?

—Así, así. Miaja más, miaja menos, como vusotros.

—¿ Son allí las mujeres tan rechifleteras como las nuestras y tan enredadodas?

—¡ Qué han de selo! Allá sólo piensan en festejar y en divertirse.

—¿ Y usted la corrió mucho?

—¡ Vaya! Siempre andé de cafés y de piculines.

—Gastaría usted mucho...

—To lo que llevé una miajítica más.

—¿ Y trujo usted muchas cosas pa nosotros?

—Si no dejan... Aticuenta que sus registran al salir de allí.

—Vaya, vaya... Y diga usted, tío Celemín, y dispense, ¿ en París de Francia, quasi que no entendería usted a los franchutes?

—Pus no había de entendelos... Y bastante.

—Hirvo en deseos de saber cómo se arreglaba. Porque cuando salió de Daroco no sabía usted el gabacho.

—Ni falta. Cuando les vía mover la cabeza de arriba abajo ya sabía yo que querían decir que sí y cuando la movían de un lao pa otro, que no.

—Pue ser...

—¡ Y tanto! ¿ Qué sus paice que no se aprenden cosas viajando por el público?

PADRE PUDOROSO

—¡ Hola, señor maistro; vengo a preguntale a usted cómo va mi hijo.

—Hombre, parece que va aprendiendo.

—¿ Qué le enseña usted ahura?

—Geometría.

—Ya, ya; algo raro ha e ser; carcule usted que to el día mus ha estao hoy jeringando con el cerculo, y vuelta con el cerculo, y eso...

—Sí, sí; otro día le enseñaré el seno y el...

—¡ Basta! No quio oíle a usted más. El cerculo y el seno quié usted enseñale... Ya no golverá aquí el chico más. Ha e saber usted que es hijo de padres timoratos y criaos en el santo temor de Dios. El cer...culo y el seno. ¡ Vaya unas cosas que enseñan estos orrinos de maistros!

EL VENDEDOR HONRADO

Un vendedor vocca por las calles su mercancía.

—¡ Avellanas frescas! ¿ Quién quié avellanas?

Acércase una compradora.

—¿Son buenas, eh?

—Ya pué usté miralas. Ni el emperaor de la China las come mejores.

—¿Y a cómo es la libra?

—A quince céntimos.

—Bueno, pues deme V. tres libras; pero bien pesadas, ¿eh?

—¡Ay, señorita! Entonces no se las puedo vender hoy, porque m'hi dejau en casa las pesas cabales.

DESPUES DE LA SESION

En el salón de conferencias del Congreso el tío *Melada* entra a saludar al diputado elegido por su pueblo y le dice:

—Güena pena que me dan ustés los deputaos, porque con tanto hablar deben ustés gastar mucha saliva.

—Mucha.

—Yo tamién hi gastau bastante en once años.

—¿Ha sido usted orador?

—No, señor, no. Hi sido limpiabotas y escupía pa dar lustre.

SE CONOCIAN

—Esta moneda es falsa, amigo mío.

—Me paice que no.

—Yo la conozco demasiado.

—Pues usté me la dió ayer a mí.

—Ya lo sé. Por eso digo que la conozco.

CONFUNDIDO

El cabecilla carlista aragonés Marco de Bello, perseguido muy de cerca por las tropas liberales, logró salvar su vida evadiéndose por una chimenea, en Caspe.

Negro como un tizón, llegó jadeante donde estaban los suyos.

—¡Quién vive!—le gritaron.

—Marco... de... Bello;—contestó él fatigosamente.

—¡Mentira!—bramó un oficial.

—Soy Marco... de...

—¡Basta! Será usté marco de lo que quiera, pero bello... ¡si es usté más negro que el morico del Pilar!

¿HAS VISTO AL REY?

Lo que le habían amolao al tío Cascanueces con esta pregunta, cuando estuvo en tierra e Castilla...

Se fué el hombre a Madrid, a tratar de la venta de sus frutas que enviaba desde Serriñena, las frutas más sabrosas que producían los huertos de aquellos contornos, y pa lucirse en la corte se vistió con los trapicos de cristiñanar; una faja más morada que las mismas moras, unos calzones de pana y una chaqueta de lo mismo, prendas que el propio tío Roña, el alcalde, no las usaba mejores en las grandes solemnidades; una capa más recia que un fresno, que le llegaba a los talones, unas medicicas dealgodón azul de doble punto, unas albarcas con cintas de a palmo, coquetamente cruzadas y un ancho sombrero de fieltro.

A la legua le conocía to el mundo al hombre que era baturro. Y más cuando comenzaba a hablar y echaba por

aquella boca palabricas y palabricas de las que sólo se usan en su país.

Paice que no habían visto nunca en los Madriles gente aragonesa del campo, y paice que en el campo de Aragón sólo se habla del monarca, pues ya estaba harto el tío Cascanueces de que en todas partes se burlasen de él y le preguntasen:

—Chiquio, ridiós, ¿has visto al rey?

¿No había e velo? Ya se ve que sí; pero allí, en la gran ciudá, que una de las cosas que habían entrao en sus cálculos al echarse a viajar, era esa.

Y bien majo que le paició. Cuasi, quasi que era una presona como las otras presonas, aunque más prencipal que las otras prencipales, y con más criaos y más honores que ellas, pus a él le tocaban las trompetas cuando su coche pasaba por ande había soldaos, y con dengún otri se hacía eso.

“¿Has visto al rey? ¿has visto al rey?” Mucho que sí. ¿Pa qué se lo preguntaban?

Ganas le daban de batile los morros a quien le golviese a hablar de eso; porque él tenía malas pulgas y en dos por tres se amostazaba.

* * *

Regía por aquella época los destinos de nuestra patria D. Amadeo I, el rey, como es sabido, más democrático que los españoles hemos conocido. El soberano era aficionado a dar paseos a pie y durante uno de ellos, en el Retiro, el baturro de Sariñena, en una calle de árboles, entre unas enramadas, se encontró frente a frente con un caballero que iba solo, y que a él, Dios le perdonase, se le antojó el mismo soberano en presona.

—No pue ser... que no pue ser, ¡ea!—se dijo.—¿Có-

mo es posible que un presonaje de tantas campanillas se atreva a dir sin compañías?

¿Si será, si no será? Si al menos llevase la corona puesta o juese vestido de oro, pa distinguirse de los demás...

Pero ¡quiá! ¡que si quieres! No llevaba denguna señal distintiva...

—To pue ser en el mundo,—prosiguió pensando el tío Cascanueces.—¿No pue ser esto un milagro? Pus yo no me quedo con las ganas de averiguarlo.

Echó a andar tras él, y cuando consiguió estar a su lado:

—Güenas tardes, señor,—dijo—¿Es usté el Amadeo?

—Servidor de usted.

—En el nombre del padre... ¿Y ande va tan solico su rial majestá?

Al decir esto se quitó el sombrero y se arrodilló.

D. Amadeo le hizo levantar y le tendió la mano, dignándose dar con él un corto paseo y hablándole de Aragón, hasta que al llegar a un recodo se unió a varios caballeros que le esperaban y se despidió.

—Ya sabe su majestá rial,—dijo el paletto como despedida tendiéndole su ancha y callosa mano, que en mí tiene usté un amigo, y que pa to lo que se le ofrezga pue contar con mí en Sariñena. Vaya, abur.

* * *

Dos días después paseaba el tío Cascanueces por la Plazuela de Oriente en ocasión de que varios granujillas se reían de él y le preguntaban mofándose lo de siempre.

—Chiquio, ridiós, ¿has visto al rey?

En esto acertó a pasar la carroza real. Iba en ella don Amadeo.

El tío Cascanueces se plantó de un salto ante los caballos y el cochero se vió obligado a refrenarlos para que no ocurriese una desgracia.

—Pare un momento, señor Amadeo,—gritó el baturro.
—¿Quié usted decir a esos si le hi visto alguna vez?

El monarca movió afirmativamente la cabeza.

Entonces el tío Cascanueces, con aire de triunfo, dijo dirigiéndose a los espectadores de esta escena:

—¿Lo estáis viendo? ¿Veis como sí he visto al rey?
El mesmo sus lo dice: Pa que no volváis a preguntámelo.

SIN RAZON

—Chiquio, ¿no acertarías quién s'ha vuelto loco?

—¿Quién?

—D. Sixto, el banquero.

—Pues está loco, y bien loco. El tío Jotica acaba de ir a su casa a cobrar una letra y él mismo le ha dicho que *no tenía conocimiento*.



Sol-a

200

ADMINISTRACIÓN:
BARBARA, 9
BARCELONA

T. 828543

FJOIA F - 186

R. 439465

CB. 3620570